

Dietario de la espera

Camisones en el tendedero

Sobre la vejez en pandemia, la caída de la URSS y otras pérdidas



Olga Merino

Viernes, 19 de marzo. En los últimos días, dos amigas me cuentan –por móvil, cada una por su lado, sin contacto físico alguno, sin miradas cómplices– de sus padecimientos con familiares muy ancianos, la madre y una tía viuda, dos señoras que ya han rebasado los 90. En el primer caso, la madre, persuadida de que el mundo conspira para envenenarla, no se fía ni de la cuidadora, por lo que la hija va loca por cocinarle en casa para que la mujer ingiera algo de alimento. En el segundo, la tía jura que su marido no está muerto: habla con él y con otros difuntos por teléfono; es más, está convencida de que el esposo la acompañó el martes en taxi a un entierro. En tiempos de covid, la vejez extrema aún más su crudeza histriónica.

Jueves, 25. Viaje exprés a Málaga por trabajo, con un salvoconducto que nadie pide. La primavera vibra en el aire aunque los cristos y las vírgenes permanezcan cautivos en las iglesias. Resignación sin las procesiones ni el *money* de los turistas. En una escapada al Museo Ruso, el taxista, un chico treintena, confiesa que en una Semana Santa normal, sin coronavirus ni restricciones, cada coche se saca un promedio de apenas siete días, mientras él y su pareja deben hacer economía doméstica y los domingos. Interesantes las dos exposiciones. Pasado y presente en cuadros de Iliá Repin! y la biografía de Andréi Tarkovski. ¿Por qué no podemos escapar la delegación del Heineken? ¿Por qué lo vetó el Ayuntamiento? ¿Por qué se negoció otro emplazamiento que la cana Norte del Puerto? Ay, pobre Barcelona. Me temo que fue una patata de pata colosa.

Martes, 30. El cartero trae una sorpresa y con ella un tropel de recuerdos: el libro de Sara Gutiérrez titulado *El último verano de la URSS* (Reino de Cordelia), la crónica ilustrada de un periplo ferroviario desde el mar Báltico hasta el mar Negro, sin permiso oficial, en trenes nocturnos, que entonces apenas estaban vigilados por las autoridades. El 25 de diciembre, la próxima Navidad, se cumplirán 30 años de la caída de la Unión Soviética y la arriada de la bandera roja con la hoz y el martillo desde la cúpula del Kremlin. ¡Tres décadas ya! Cómo ha pasado la vida...

Jueves, 1 de abril. ¡Albricias! Vacunan a mi padre, octogenario. Lo acompaño hasta la puerta del CAP. Doy una vuelta pero me llama enseguida al móvil: que ya está, que le han puesto la Pfizer, la buena, dice. El asunto ha funcionado como una seda. Una alegría, una pequeña victoria. Tras un año de pandemia, noto a mis padres apagados. Si el virus está pasando factura a todos, en los mayores



Leonard Beard

Martes, 30. El cartero trae una sorpresa y con ella un tropel de recuerdos: el libro de Sara Gutiérrez titulado *El último verano de la URSS* (Reino de Cordelia), la crónica ilustrada de un periplo ferroviario desde el mar Báltico hasta el mar Negro, sin permiso oficial, en trenes nocturnos, que entonces apenas estaban vigilados por las autoridades. El 25 de diciembre, la próxima Navidad, se cumplirán 30 años de la caída de la Unión Soviética y la arriada de la bandera roja con la hoz y el martillo desde la cúpula del Kremlin. ¡Tres décadas ya! Cómo ha pasado la vida...

en su mirada sobre la existencia, tan desnuda, tan despojada de circunloquios. Con su esposa ya muy enferma, Kertész escribe esta entrada tan hermosa: «Por la mañana, puse a secar sus camisones colgándolos de per-

En sus diarios, Imre Kertész va despidiéndose de quienes más quiere y se prepara para partir

de tal manera que veía en ellos los huesos de su cuerpo». Luego, le dio un plato con arroz y acude a la clínica. El médico le dice que su mujer ha muerto. «¡Muerto!», le dice el médico. A lo largo de las páginas, el escritor va despidiéndose de las personas a quienes más quiere y se prepara para partir.

Miércoles, 7. Según el Instituto Nacional de Estadística, dicen las noticias, «la soledad se instala cada vez con más fuerza en los hogares españoles», y una de cada cuatro viviendas familiares está ocupada por una única persona, en su mayoría mujeres mayores de 65 años. Otra frase de Kertész: «Yo no le temo a la vejez por la vejez, sino precisamente por aquello que encuentro en los diarios de la senectud de Márai: que lo ha abandonado la excitación existencial».

Jueves, 8. Anuncia la Visa un cargo que no toca, un maldito antivirus –mira por dónde– que ya no uso. Llamada al banco. Atiende una voz enlatada que formula preguntas binarias. No nos aclaramos. Me muerdo los puños mientras voy diciéndome, *chao, chao*, dinero. Preferiría hablar con muertos que con maquinillas. Como la tía de mi amiga. ■